

El catecismo *Jesús es el Señor* y la pedagogía de la fe

*Ponencia impartida en las XLI Jornadas
de Delegados Diocesanos de Catequesis*

El Escorial, 25-27 de febrero de 2008



† *Gregorio Martínez Sacristán*

Obispo de Zamora

Miembro de la Subcomisión Episcopal de Catequesis

Hablaré brevemente sobre el Catecismo y la pedagogía de la fe. No de la pedagogía de la fe que aparece en el Catecismo o sobre cómo está construido este, sino a propósito del catecismo *Jesús es el Señor*. Para una mejor utilización pedagógica de este Catecismo, señalaré algunos criterios, fundamentalmente en orden a mejorar la pedagogía de la fe.

Me gustaría comenzar haciendo una constatación del *Directorio General para la Catequesis* en relación con las dos primeras partes del mismo que desde mi punto de vista son las mejores, las más amplias, las que más futuro están dando a la acción catequética. Son partes extensas, que tratan esencialmente de los siguientes aspectos: la primera, resituar la catequesis en el contexto de la iniciación cristiana; la segunda, incorporar el Catecismo a la catequesis de la iniciación cristiana. La tercera parte dedicada a la pedagogía de la fe, en relación con las anteriores es un capítulo breve, casi más de intenciones que de realidades. Con esto quiero decir que la pedagogía de la fe al servicio de la catequesis de iniciación cristiana y del Catecismo necesita por parte de todos un gran ejercicio de creatividad y de aportación personal. Estamos en los comienzos de una nueva pedagogía de la fe. Se trata de una llamada a la colaboración de todos en orden a encontrar un camino posible y apropiado para conseguir lo que con la iniciación cristiana pretendemos hacer, es decir, nuevos cristianos.



CUATRO CRITERIOS PREVIOS

- Me gustaría ahora referirme a las grandes líneas de la pedagogía de la fe al servicio de la iniciación cristiana. Es importante clarificar, asumir y, al mismo tiempo, no confundir la pedagogía con la metodología y con la didáctica. La metodología y la didáctica son parte de la pedagogía, pero no se identifican sin más con ella. La pedagogía de la fe tiene otra serie de registros que fundamentalmente hay que vivir, desarrollar y concretar.
- No podemos hablar de pedagogía, y menos de pedagogía de la fe, si no tenemos en cuenta la totalidad de la personalidad humana a la que va dirigida, es decir, no podemos hablar de pedagogía si no intentamos alcanzar al hombre completamente; y el «completamente» viene determinado, por estas tres dimensiones que puede resumir su totalidad: el ser, el saber y el hacer. Cualquier pedagogía, también la de la fe, tiene que estar centrada en estos tres objetivos e integrarlos en el acto educativo convenientemente.
- Releyendo la historia más cercana de nuestra catequesis, me parece necesario subrayar que debemos tener cuidado para no consagrar una escuela pedagógica o didáctica como único soporte pedagógico de la catequesis. La catequesis no consagra ninguna pedagogía ni método específico. Al hacerla depender de un modo de entender la pedagogía y de un modo de realizar el contenido y el acto catequético, estamos constriñendo el proceso educativo propio de la fe.
- Aunque la pedagogía constituya para nuestros catequistas el centro de interés primero y fundamental, ninguno de nosotros debe caer en la trampa de creer que la transmisión de la fe y más en concreto el hacer cristianos hoy, sea solo resultado de una pedagogía, aunque ésta sea muy buena. La transmisión de la fe y la iniciación cristiana tienen otras claves e incluyen otros elementos que hay que combinar totalmente y no reducirlos al ámbito pedagógico.

LINEAS DE FUERZA

El número 143 del *Directorio General para la Catequesis* sintetiza y al mismo tiempo orienta, dando pie a la creatividad, nuestras pedagogías catequéticas. Dice así: «la catequesis, en cuanto comunicación de la Revelación divina, se inspira radicalmente en la pedagogía de Dios tal como se realiza en Cristo y en la Iglesia; toma de ella sus líneas

constitutivas y, bajo la guía del Espíritu Santo, desarrolla una sabia síntesis de esa pedagogía, favoreciendo así una verdadera experiencia de fe y un encuentro filial con Dios».

Este texto unido al número 144, donde aparece claramente señalado que existe una pedagogía original de la fe, es lo que debe inspirar nuestra pedagogía en el futuro y de la que yo voy a permitirme hacer algunas observaciones.

1. Pedagogía original de la fe

a. La pedagogía de Dios en la Revelación

La persona que va a iniciar a otra en la fe tiene que tener en cuenta una serie de hechos y de realidades que determinan y que están presentes, de alguna manera, en el acto mismo educativo de la fe. El primer criterio fundamental es el hecho mismo de la Revelación como comunicación de la Salvación de Dios al hombre. La catequesis de la iniciación cristiana es una catequesis al servicio de esta *traditio* de Dios a los hombres. Todo buen catequista tiene que tener la convicción profunda de que el don mayor que podemos ofrecer a todo hombre hoy es Dios Nuestro Señor. En definitiva, lo que trata de hacer la catequesis no es otra cosa que acercar al hombre a Dios para que pueda responderle gozosamente.

Por otra parte, la pedagogía de la fe tiene que tener en cuenta que cuando Dios se revela, como don y salvación para el hombre, necesita ser acogido como un don gratuito. En nuestro tiempo, antes de cualquier otra consideración, nos encontramos con la dificultad de conseguir que el hombre responda. Por lo tanto, necesitamos una pedagogía de la fe que, aunque tenga dificultades, no deje de facilitar, de proponer y de conseguir que el hombre diga sí a la oferta de Dios, oferta salvífica para él mismo.

A la luz de lo que ha sido la Historia de la Salvación, la catequesis tiene que actualizarse para cada destinatario. Es fundamental que utilicemos la mediación del diálogo para el encuentro Dios-hombre, hombre-Dios. Una pedagogía no de corte estrictamente didáctica y metodológica, sino que fundamentalmente abarque todo el desarrollo dialógico o dialogal.

Una de las carencias que descubrimos en el acto catequético es la ausencia del diálogo real entre el catequista y los catequizandos y viceversa. A lo largo de toda nuestra historia catequética, el catequista es la mediación para ese diálogo Dios-hombre, hombre-Dios y esto no puede dejar de ser así



Una de las carencias que descubrimos en el acto catequético es la ausencia del diálogo real entre el catequista y los catequizandos y viceversa. A lo largo de toda nuestra historia catequética, el catequista es la mediación para ese diálogo Dios-hombre, hombre-Dios y esto no puede dejar de ser así.

b. La pedagogía de Jesús

Me gustaría subrayar aquí la clave cristológica de la pedagogía de la fe. Fundamentalmente señalaría estas dos cuestiones: el hecho mismo de la Encarnación, que es un hecho irrevocable y definitivo para nosotros, para toda la estructura de la transmisión y de la vivencia de la fe; y, al mismo tiempo, la pedagogía propia que los Evangelios consiguen, con un estilo característico del hacer de Jesús como formador de discípulos.

Cuando queremos descifrar ese principio, que teóricamente es válido, tenemos que asumirlo plenamente en la pedagogía catequética y en todo el conjunto de la catequesis: fidelidad a Dios y fidelidad al hombre. Tenemos no solo un modelo, sino un hecho y una referencia fundamental que es la Encarnación del Hijo de Dios, con el criterio subsiguiente, que en nuestro caso resulta perfecto y que es, además, el criterio señalado en la *Gaudium Spes* de este modo: el misterio de la vida del hombre, es decir de su sentido, de su vocación, de su meta, sólo se esclarece a la luz del misterio del Verbo encarnado. El Verbo encarnado es para la pedagogía catequética algo más que un Maestro que enseña un modo de hacer es, sobre todo, el hecho fundamental para orientar todo nuestro hacer en función de la fe.

c. El Espíritu Santo, maestro interior

Deberíamos subrayar también que no estamos solos. La pedagogía no es el resultado de la acción en exclusiva del catequista. El catequista tiene que tener una vivencia que englobe todo: la certeza de la presencia del Espíritu llevando a cabo esta tarea. Y no se trata solamente de un recurso fácil de espiritualidad, sino que es un hecho real, que interviene fundamentalmente en la pedagogía de la fe.

El mismo *Directorio General para la Catequesis* al final del texto, entresacando frases de *Evangelii Nuntiandi* y de *Rede-*

Luego entonces la pedagogía no sólo se puede limitar al método, sino que tiene que asumir también la vivencia de una experiencia mucho más profunda, que es la experiencia del Espíritu actuando para llevar a cabo lo que nosotros humildemente realizamos

mptoris Missio, dice fundamentalmente del Espíritu que es el «maestro interior» que guía la obra catequética de los que se convierten al Señor y de quienes la realizan o la llevan a cabo (cf. DGC 288).

Esta es una de las líneas de fuerza pedagógicas y educativas más serias para los catequistas y para el acompañamiento de los catequistas. Es decir, el catequista vive hoy más que nunca la experiencia real de que, aun cambiando todos los años de método, los resultados pueden ser los mismos o peores. Luego entonces la pedagogía no sólo se puede limitar al método, sino que tiene que asumir también la vivencia de una experiencia mucho más profunda, que es la experiencia del Espíritu actuando para llevar a cabo lo que nosotros humildemente realizamos.

d. La pedagogía de la Iglesia en la educación de la fe

La pedagogía de la fe, como indica el *Directorio General para la Catequesis*, se inspira en Dios Salvador, en Jesucristo Mediador y en la Iglesia, lugar de la comunión. La Iglesia tiene su historia, y no una historia corta, sino que tiene una gran historia que es la Historia de la Salvación, actualizada para los hombres de cada momento. La pedagogía de la fe no puede desconocer lo que es la historia real catequética de la Iglesia y de entre todas las cuestiones relacionadas destacaría la siguiente: el Catecumenado.

El Catecumenado es una institución fundamental de la *traditio* eclesial que tiene que ser ampliamente utilizada e incorporada a la catequesis. En él la Iglesia, en un tiempo muy parecido al nuestro por el contexto cultural y por el propósito fundamental de la catequesis, que es el de hacer cristianos, nuestros antepasados plasmaron una posibilidad educativa y pedagógica real para aquello que pretendían conseguir, que era hacer cristianos: el Catecumenado.

El Catecumenado tal y como dice ampliamente el *Directorio General para la Catequesis*, no tiene que ser solamente un camino para aquellos que no han sido bautizados y empiezan un camino de iniciación cristiana, a través de la catequesis que desemboca en los tres sacramentos de la iniciación cristiana, sino también para aquellos que, habiendo sido bautizados en su infancia, tienen que seguir después el camino de la iniciación cristiana posterior al Bautismo, o para aquellos que

La perspectiva catecumenal también tiene que ser objeto de inspiración pedagógica para la iniciación cristiana de los niños bautizados en su infancia y no sólo para aquellos que no han sido bautizados hasta la edad escolar



habiéndolo recibido y abandonado quieren reiniciarse en él.

Quiero expresar mi convicción personal de que la perspectiva catecumenal también tiene que ser objeto de inspiración pedagógica para la iniciación cristiana de los niños bautizados en su infancia y no sólo para aquellos que no han sido bautizados hasta la edad escolar.

La Iglesia, con una pedagogía de la fe inspirada fuertemente en el Catecumenado, tiene en éste una concatenación de los hechos que determinan todo el periodo o el camino de iniciación cristiana: por eso es una fuente de inspiración básica y fundamental.

Tres son las dimensiones que expresan las cualidades fundamentales que debe tener la catequesis al servicio de la iniciación cristiana, es decir, la pedagogía siempre al servicio de la visión integral del hombre: ser, saber y hacer

2. Pedagogía al servicio de la iniciación cristiana

La pedagogía catequética, o mejor dicho la pedagogía de la fe, debe ser una pedagogía al servicio de la iniciación cristiana. Es necesario hacer el esfuerzo para distinguir también de una manera pedagógica, tal y como lo hace el *Directorio General para la Catequesis*, la catequesis al servicio de la iniciación cristiana y la catequesis para la formación permanente de la fe. La catequesis típica, como la concebía el catecumenado patrístico, es la de la iniciación cristiana. La catequesis al servicio de la educación permanente de la fe es un modo específico de hacer crecer a los que ya han sido iniciados.

Tres son las dimensiones que expresan las cualidades fundamentales que debe tener la catequesis al servicio de la iniciación cristiana, es decir, la pedagogía siempre al servicio de la visión integral del hombre: ser, saber y hacer. Es así como la catequesis al servicio de la iniciación cristiana busca fundamentalmente la *iniciación*, la *instrucción* y la *educación*. Tres realidades que pueden incidir e identificarse con el ser, con el saber y con el hacer.

Ser. No hay catequesis de la iniciación cristiana si no entrega las certezas profundas y determinantes de nuestra fe. No hay catequesis de iniciación cristiana si no se suscita la vivencia de la fe. No hay catequesis de iniciación cristiana si no se entra en el ámbito simbólico, significativo, de toda la realidad de la vida y de la comunión de la Iglesia; entre ellas están los sacramentos, pero no solo los sacramentos.

Saber. Debemos hacer una catequesis de iniciación en el sentido de lo que es el carácter iniciático, sobre todo en el ám-

bito de los signos, de los lugares, de los tiempos y de las personas que constituyen la realidad de la fe.

La educación de la fe hará también referencia al saber de la fe, presentando la integridad de su contenido de un modo adecuado al destinatario. El saber de la fe es parte importante de toda esa magnitud de la catequesis de iniciación, aunque no es su única finalidad, como en algún tiempo se pudo entender.

Hacer. Finalmente quien entrega las certezas de la fe, quien inicia en el lugar fundamental donde esa fe va a ser vivida en toda su amplitud, lleva también al catequizando a que responda adecuadamente con el «hacer» de la fe, con el compromiso de la fe, como aquellos que forman parte del lugar fundamental de referencia para la fe que es la comunidad cristiana.

Una pedagogía al servicio de la iniciación cristiana debe acentuar, al menos, estas dos cosas: la propuesta y el acompañamiento.

La propuesta tiene que ser clara, breve, explícita. Ante una situación tan plural como la nuestra, la llamada de la catequesis de la iniciación cristiana, tiene cada vez que diferenciarse más, ser algo específico. Pensamos, queremos y hacemos esto y, todo ello, no de forma dubitativa, sino explícita.

La propuesta comporta otro elemento necesario pedagógicamente hablando para el proceso de la catequesis de iniciación: el acompañamiento. Todos tenemos un reto, básico y fundamental de primer orden: ¿cómo se acompaña a aquellos que se hacen cristianos?

3. Pedagogía desescolarizada

La pedagogía de la iniciación cristiana no puede seguir tomando de la pedagogía escolar sus formas y parámetros. Hay parámetros válidos pero, esencialmente, la pedagogía catequética no tiene que ser una «servienta» de la pedagogía escolar. Tenemos una pedagogía catequética todavía demasiado escolarizada en el lugar, en la propuesta, en el ambiente, en las actividades y conviene que la propuesta de la iniciación cristiana sea original, sobre todo en el modo de acompañar.

La pedagogía catequética no puede ser reducida a una sesión escolar, prácticamente igual o parecida y reducida en el fondo a una sesión semanal. Si no somos capaces de inventar modos concretos de acompañamiento que no sean exclusivamente los que hemos utilizado hasta ahora, difícilmente podremos seguir haciendo la catequesis de la iniciación cristiana en un sentido puro.



4. Pedagogía del acompañamiento personal y no solo grupal

La catequesis necesita básicamente fortalecer el acompañamiento personal y no solo el grupal. El acto catequético realizado en grupo no es el único modo de hacer el acompañamiento pedagógico para la iniciación cristiana. Esto es importante, útil y necesario en los adultos, pero no sólo en éstos, sino también en los jóvenes y adolescentes que necesitan el acompañamiento personal de los catequistas. Incluso me atrevería a decir que también en los niños, de modos distintos, pero también en ellos. Con la iniciación cristiana se pretende fundamentalmente llegar a la meta, que es la confesión de la fe, la conversión a Jesucristo y la incorporación a la Iglesia. La vivencia de esa vocación singular que es la vocación cristiana bautismal necesita, teológicamente hablando, algo más que la pura lección semanal.

5. El catequista

Finalmente, señalaría otro de los campos fundamentales para actuar pedagógicamente en el ámbito de la catequesis de la iniciación, que es devolver al catequista el papel que tiene en la iniciación cristiana. Subrayaría esencialmente tres acentos.

Primero, el catequista es el referente fundamental de la fe de la Iglesia, es el representante, es la referencia básica y la más importante. Es fundamental que el catequista sea, ante todo, persona.

Segundo, que el catequista en su ser, en su hacer y en su saber sea auténticamente el catecismo viviente de la iniciación cristiana. Es un camino difícil de aterrizar pero que puede llevar a muchas acciones pastorales fecundas, devolviendo cada vez más al catequista el papel y la importancia que tiene como libro abierto de lo que se pretende iniciar. No sólo es el que ayuda o dirige actividades, sino el libro abierto de todo aquello que se intenta conseguir y proponer al destinatario de la catequesis.

Tercero, ningún método por bueno que sea, exige al catequista de una sólida espiritualidad, de un testimonio transparente de vida cristiana y de un serio trabajo personal, mostrándose siempre como testigo en primera persona de la fe

Estamos llamados y obligados a ofrecer creatividades suficientes para lograr entre todos un camino posible, real y fácil de iniciación cristiana, no de expertos, no de técnicos, no de muchos y complicados resortes didácticos sino, sobre todo, un camino real y posible para que las generaciones venideras se puedan incorporar a este gran don nuestro que es la fe

que ha recibido de la Iglesia: testigo y referente de la fe que ha recibido y que, al mismo tiempo, trata de confesar y vivir.

Estamos llamados y obligados a ofrecer creatividades suficientes para lograr entre todos un camino posible, real y fácil de iniciación cristiana, no de expertos, no de técnicos, no de muchos y complicados resortes didácticos sino, sobre todo, un camino real y posible para que las generaciones venideras se puedan incorporar a este gran don nuestro que es la fe. Tratemos a través de la iniciación cristiana de que no se detenga en nosotros, sino que continúe la oferta salvadora de Dios.

